



El dragón centenario

A Centennial Dragon

La China milenaria celebra un centenario. Fundado el 1 de julio de 1921 en Shanghái, el Partido Comunista de China llega a la efeméride tras haber liderado una transformación histórica que ha hecho del país una superpotencia política, económica y tecnológica. Su autocracia blanca ha mantenido el orden social en un territorio con 1.400 millones de habitantes, su capitalismo de estado ha generado prosperidad y bienestar para la mayoría de ellos, y su estímulo de la ciencia se extiende desde la inteligencia artificial hasta la exploración del espacio. Este formidable auge no excluye las limitaciones a la libertad individual y el control de la población con técnicas como el reconocimiento facial; pero frente a lo que tantos habían pronosticado, la ausencia de democracia no se ha manifestado incompatible con la innovación y el crecimiento económico, las nuevas clases medias no han reclamado el fin del régimen de partido único, y Wuhan no ha sido el Chernóbil de China: el país se ha enfrentado al reto sanitario de la pandemia con la misma autoridad inflexible que usa para luchar contra la corrupción, un empeño que ha evitado hasta ahora su conversión en una cleptocracia.

El presidente Xi Jinping concentra en sus manos un poder sólo equivalente al de Mao Zedong en su día, y de hecho ha impulsado un neomaoísmo nacionalista que, al tiempo que teje lazos económicos con un centenar de países a través de la Nueva Ruta de la Seda, promueve la autosuficiencia tecnológica y la autonomía en regulación y servicios. El incremento de la autoestima colectiva y el orgullo patriótico se alimenta con la popularidad de los parques temáticos comunistas en las cunas de la revolución, destinos de un ‘turismo rojo’ de colegiales, familias y jubilados, pero también con los logros de sus compañías tecnológicas y con los éxitos de sus misiones espaciales, que muestran al mundo lo lejos que han llegado en la investigación e ingeniería de vanguardia. Ya en enero de 2019 la sonda Chang’e logró aterrizar por primera vez en la cara oculta de la Luna, y este 2021 hemos sido testigos en abril del lanzamiento del primer módulo de la estación espacial china, y en mayo de la llegada a Marte de la sonda Tianwen-1, un conjunto de vehículo orbital, aparato de descenso y rover, el Zhurong que nos obsequió con un *selfie* poco después de posarse en Utopia Planitia.

Si el modelo chino es admirado por muchos, el balance centenario del partido que ha guiado el retorno del País del Centro al lugar que le corresponde por su dimensión y por su historia no puede ocultar las tinieblas del pasado —de la hambruna del Gran Salto Adelante al caos trágico de la Revolución Cultural— ni las sombras del presente sobre Hong Kong o los uigures; pero tampoco ignorar el fulgor de un panorama vibrante que reúne la sofisticación urbana con la mutación del mundo rural, las ciudades inteligentes gobernadas con *big data* y 5G con la protección de la naturaleza, y la innovación arquitectónica con la creatividad artística, impulsadas ambas por la fertilización de lo contemporáneo con la permanencia testaruda de lo ancestral. A esa China eterna rindió homenaje Hergé con el mejor de sus álbumes, *El loto azul*, y la reciente venta en subasta —por la cifra récord de 3,1 millones de euros— del dibujo de 1936 que sirvió para su portada anima a utilizar ese dragón amenazante y amable para ilustrar la fascinación temerosa de Occidente ante la dimensión económica, técnica y cultural de un gigante que, celebrando un centenario, recupera su estatura milenaria.

Luis Fernández-Galiano



Millenary China celebrates a centenary. Founded in Shanghai on 1 July 1921, the Chinese Communist Party reaches the anniversary after having led a historic transformation that has turned the country into a political, economic, and technological superpower. Its white autocracy has maintained social order in a territory of 1,400 million, its state capitalism has brought prosperity, and its advances in science go from artificial intelligence to space exploration. These amazing achievements do not exclude restrictions on individual freedom and the control of populations using techniques like facial recognition; but contrary to what many had forecasted, absence of democracy has not been incompatible with innovation and growth, the new middle class has not called for the end of the one-party state, and Wuhan has not been China’s Chernobyl: the country has faced the health challenge with the same authority used to fight corruption, a task that has kept it from becoming a cleptocracy.

President Xi Jinping concentrates in his hands a power only equivalent to that of Mao Zedong in his day, and in fact has impulsed a nationalist neo-Maoism that creates economic ties through the New Silk Route while promoting technological self-sufficiency and autonomy in regulation and services. The growth of collective self-esteem and patriotic pride is boosted by the popularity of communist theme parks in the revolution’s cradles, ‘red tourism’ destinations for all, but also by the achievements of its technological companies and the success of its space missions, showing the world how far they have made it in research and avant-garde engineering. Already in 2019 the Chang’e probe landed for the first time on the far side of the Moon, and this year 2021, we witnessed in April the launch of the first module of China’s space station, and in May the Mars landing of the Tianwen-1 probe, consisting of orbiter, lander, and the Zhurong rover, which sent back a selfie after reaching Utopia Planitia.

The Chinese model is admired by many, but the balance of the party that has steered the return of the Middle Kingdom to the place deserved by its size and history cannot omit the shadows of the past – from the famine of the Great Leap Forward to the tragic chaos of the Cultural Revolution – or those of the present on Hong Kong or the Uyghurs. But it also cannot ignore the brightness of a panorama that combines urban sophistication with rural mutation, intelligent cities with the protection of nature, and architectural innovation with artistic creativity, these two driven by a fertilization of the contemporary with the ancestral. That is the eternal China Hergé paid tribute to in *The Blue Lotus*, and the recent sale – at a record price of 3.1 million euros – of the 1936 drawing prepared for the cover prompts to use that friendly and menacing dragon to illustrate the fearful fascination of the West for the economic, technical and cultural feats of a giant that, celebrating a centennial, recovers its millenary stature.